

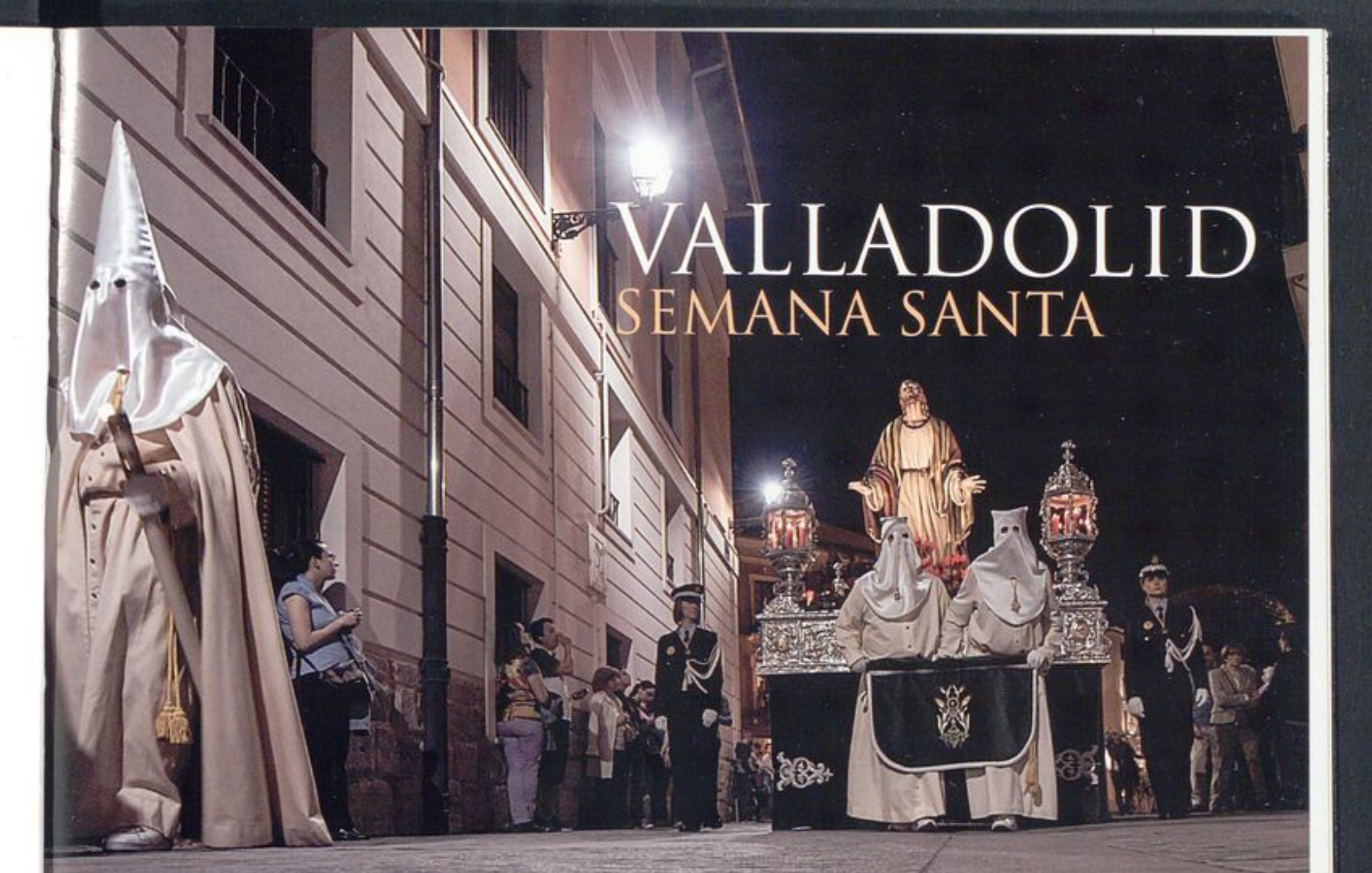
Valladolid

Semana Santa

Pura maravilla de arte



5



VALLADOLID

SEMANA SANTA

- **Presentación**
Francisco Javier León de la Riva
Alcalde de Valladolid 3
- **Saluda**
Felipe Esteban Alonso
*Presidente de la Junta de Cofradías
de Semana Santa de Valladolid* 5
- **Semana Santa en Valladolid**
Francisco Cerro Chaves
Obispo de Coria-Cáceres 6
- **Teresa de Jesús y los Misterios de la Pasión**
Javier Burrieza Sánchez 14
- **Quien lo dude, que venga y lo vea**
Antonio García García †
Arzobispo de Valladolid 22
- **Itinerario sentimental de la Semana Santa de Valladolid**
Ángel de Pablos Chapado † 26
- **Por la España vieja: Los santos de Valladolid**
Emilia Pardo Bazán † 32
- **Glosa al cartel de la Semana Santa**
Mar Domínguez Puente 40
- **Cofradías y pasos** 46



Foto: Chema Concellón

Durante los últimos cinco siglos, el plenilunio de primavera —y con él las celebraciones de la Semana Santa— en la ciudad de Valladolid ha encarnado el momento estelar de la expresión de la religiosidad popular en el lugar. Generaciones y generaciones de vallisoletanos han asumido como propias de su idiosincrasia realidades como la disciplina cofrade, la estética procesional, la hondura plástica de la imaginería, la simbología y los ritmos litúrgicos del tiempo de Pasión. Y lo han hecho hasta tal punto que la Semana Santa ha llegado a trascender a todo tipo de cambios sociológicos y avatares históricos; hasta encontrar un lugar en la modernidad de nuestro tiempo.

Si la Cuaresma obra en quien se pone a tiro una conversión individual e íntima, la semana de Pasión consigue transformar Valladolid en su conjunto, año tras año, preparándolo hasta el último detalle, para ser actor y receptor del gran espectáculo de unas procesiones y unas liturgias de Semana Santa únicas en el mundo; que exigen de todos nosotros un grado importante de complicidad y compromiso.

Desde el Viernes de Dolores al Domingo de Resurrección, “todo” en Valladolid volverá a ser color, sonido y ritmo de Pasión. Y el natural y el forastero, por igual, se verán arrastrados por ese “todo”, contundente e incontestable, que fluye en el entorno y todo lo colmata, con pasmosa naturalidad, desafiando a la crítica de la razón más pura.

Es el misterio de la Semana Santa. El misterio del Hombre. Nuestro misterio.

Francisco Javier León de la Riva
Alcalde de Valladolid



Cuántas veces en momentos tranquilos y sosegados que tiene cada persona, te vienen a la memoria recuerdos imborrables vividos con anterioridad, y que, al evocarlos, te transportan a tiempos felices que, por mucho que queramos, no podemos volver a vivirlos, pues forman parte de nuestra historia personal, que cada uno tiene y atesora en su interior, como si fuera su bien máspreciado.


En estas páginas encontraremos artículos que con su firma avalan reconocidos autores, y que estoy seguro de que les harán disfrutar, ya que conllevan una relación íntima con hechos que han acontecido en sus vidas relacionados con nuestra Semana Santa. Estos artículos, escritos con una prosa envidiable y llena de connotaciones, serán fiel reflejo de sus vivencias como personas que aman y sienten dentro de sí la representación que las cofradías hacen por las calles de nuestra ciudad, de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo.

Lectura que llevará a las personas creyentes a tener un motivo de reflexión, y a los demás a vislumbrar y saber por qué un conjunto grande de personas, en esta Semana Grande y Santa, demuestran al mundo su amor por sus creencias y su fe por el Redentor, unido a la posibilidad que tienen de ver procesionar por las calles de la ciudad unas imágenes únicas salidas de las manos de los más grandes imagineros, representando los diferentes momentos de la Pasión.

Por eso, estimado lector, deseo que la lectura de estos artículos te ayude y te transporte a momentos imborrables, vividos por ti con anterioridad en esta maravillosa Semana.

Gracias a los que su pluma lo hacen posible.

Felipe Esteban Alonso
Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa de Valladolid



Semana Santa en Valladolid

∞ Francisco Cerro Chaves ∞
Obispo de Coria-Cáceres

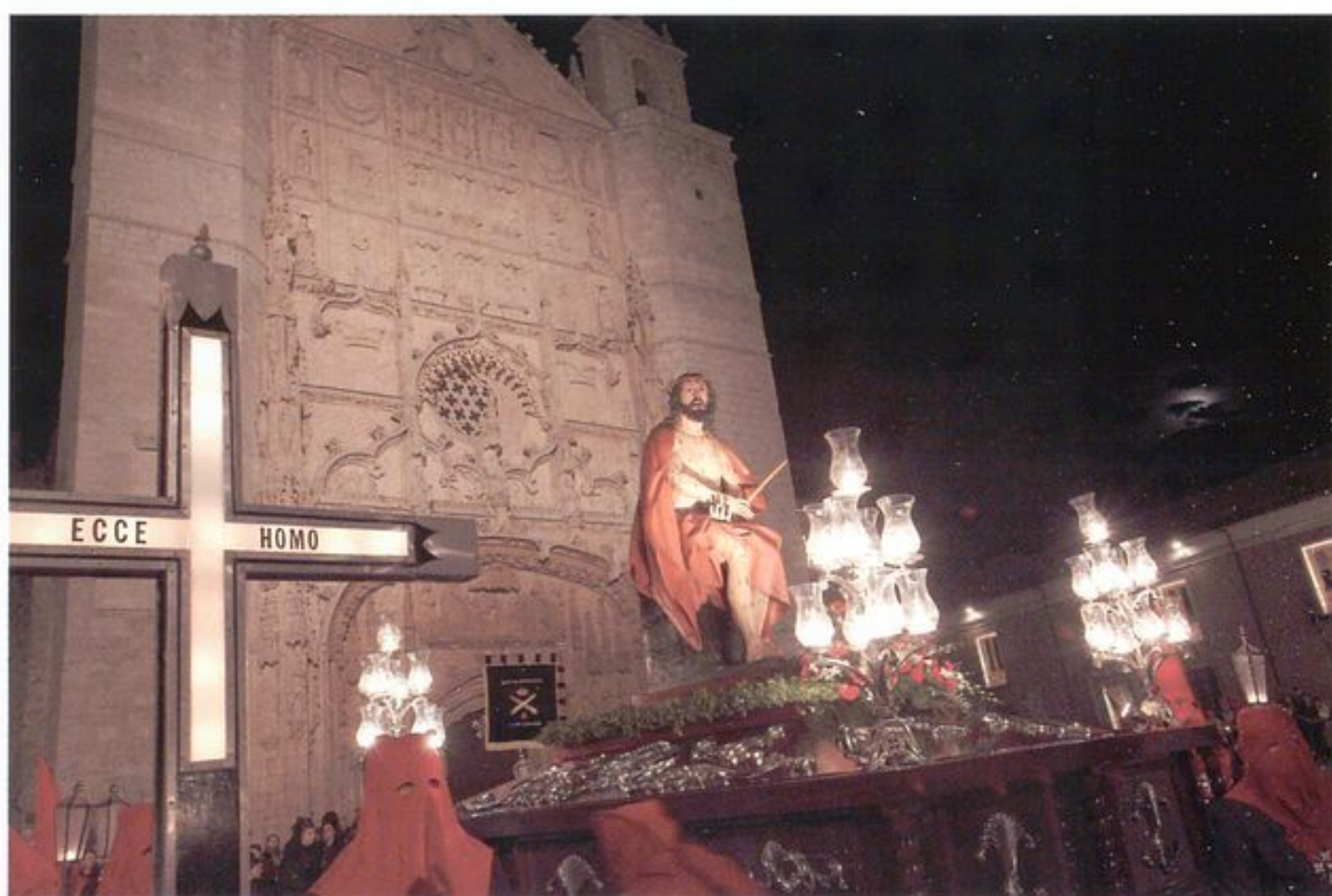


Foto: Alfredo Miguel Romero

Veinte años que estuve viviendo en Valladolid han dado para mucho. En el transcurso de este tiempo, Valladolid, los vallisoletanos y su Semana Santa han dejado su impronta en mi corazón. Y es que la austeridad, seriedad y la caballerosidad que caracteriza a sus gentes hace que, vivir en Valladolid, convivir con ellos, sea el preludio de una relación de amistad sincera. Por ello, cuando tuve que trasladarme a mi diócesis de Coria-Cáceres, confieso que dejé gran parte de mis sentimientos en Valladolid. Pero no me he desligado de Valladolid, ya que con cierta frecuencia, por una u otra causa, continúo visitando esta gran ciudad y me sigo encontrando muy a gusto entre sus gentes.

Durante mis años de estancia aquí, viví intensamente la Semana Santa y siempre me conmovió la grandeza de sus pasos, creados por las manos del gran imaginero Gregorio

Fernández, que manejaron la gubia con maestría inusitada. Así como Francisco del Rincón, Juan de Juni, Pompeyo Leoni, Berruguete y tantos otros que sería excesivamente prolijo citar. Ellos trabajaron como nadie, de forma maravillosa, la madera que luego policromaban, hasta conseguir las imágenes, para mayor gloria de Dios, que hoy hacen de Valladolid un referente a nivel internacional. Las imágenes que procesionan por las calles de Valladolid en su Semana Santa no solo destacan por su grandiosidad, sino, lo que es más importante si cabe, por su expresividad. Claro está que, para ello, se hace necesario que el escultor viva desde dentro lo que desea plasmar en la madera, lo que sucedía, por ejemplo, en el maestro Gregorio Fernández. Dicen los libros que cuando el maestro Fernández hubo concluido la imagen de *"El Señor atado a la Columna"*, se le apareció Jesús y le preguntó:



Foto: Chema Concellón



Foto: Chema Concellón

¿Dónde me viste que tan bien me retraste? y el escultor, le contestó: “En mi corazón, Señor”. Evidentemente, las imágenes de la Escuela Castellana, con rostros conmovedores, doloridos, esos cuerpos flagelados, que llegan a parecer reales, son la consecuencia, sin duda alguna, de los sentimientos albergados en el corazón del artista que ha sido capaz de plasmarlos a través de la gubia magistralmente manejada y a través de la inigualable policromía que hace tomar vida a cada imagen salida de esas manos maestras.

Si a la grandiosidad de sus pasos, a la expresividad de los mismos, a su realismo, le añadimos el respetuoso y a la vez sobrecogedor silencio de las gentes en las calles, cuando tiene lugar el procesionar de las imágenes, me atrevo a afirmar que, si en Ávila, dicen, que es la ciudad en la que se escucha el silencio; en Valladolid, en su Semana Santa, es la ciudad en la que se respira el

silencio, porque ese silencio, reverencioso de sus gentes, se mezcla con el aire que allí se respira. ¡¡¡Se producen tantas sensaciones durante esos días!!!. Y ello, muy probablemente, sea motivado por ese maridaje que se da en Valladolid entre la tradición y el arte, en lo que mucho tienen que ver los grandes e importantes imagineros, pero también sus gentes, que han procurado mantener la tradición a lo largo de los años con el resultado de todos conocidos. Ese maridaje hace que Valladolid, en la Semana Santa, se haga templo en sus calles y ese impresionante silencio reverente sea una constante oración que nace del corazón.

Siempre me impresionaron las imágenes de la Semana Santa de Valladolid por su realismo, expresividad, policromía, dramatismo. Siempre lo he dicho, y pienso que no seré el único, que a estas imágenes solo les falta hablar. Todo se ha hecho tan bien que



Foto: Alfredo Miguel Romero

solo les falta hablar. Procesionar las imágenes por las calles de Valladolid, en la Semana Santa, supone una auténtica catequesis, el silencio de las gentes agolpadas en las calles, viviendo con intensidad cada momento, implican unos auténticos ejercicios espirituales. Es algo así como vivir en un remanso de paz que, constantemente, nos invita a reconstituir el espíritu en medio de ese inmenso templo en el que se transforma Valladolid en sus calles, en la Semana Santa. A vosotros, cofrades, os pido que sigáis siendo guardianes de la tradición tan arraigada ya y que, al mismo tiempo, seáis capaces de daros cuenta de que, a través de vuestras hermandades y cofradías, tenéis la importante misión de evangelizar, que no es otra cosa que llevar a todos el gozo de la salvación de Cristo en su Iglesia. Que esta Cuaresma y esta Semana Santa se prolongue en el tiempo y en la vida de todos y cada uno

de vosotros, para que nunca estéis lejos de nadie y, sobre todo, estéis cerca de los que sufren, de los que viven en las periferias de la vida y del corazón, porque esta sociedad, injusta en muchas ocasiones, les ha negado todo. Que todos y cada uno de vosotros sepáis convertir vuestras hermandades y cofradías en *escuela de fraternidad* y que siempre os sintáis una familia. Os animo para que seáis, de verdad, expresión de lo que quiere vivir la Iglesia para ser fiel a Cristo y para que luchéis para ser capaces de evangelizar a las gentes de la tierra que pisáis. Por último, deciros que siempre deis ejemplo con vuestra vida, ya sea en la familia, en la hermandad o en la Cofradía, en el trabajo y en la calle. No olvidéis nunca que sois espejo en el que muchas personas se miran.

En este año, celebramos, convocado por el papa Francisco, el Año de la Vida Consagrada y el V Centenario del naci-

miento de santa Teresa. Son dos acontecimientos importantes para la Iglesia universal. El primero lo ha convocado el papa Francisco para dar gracias a Dios por la vida de tantos hombres y mujeres, en todo el mundo, que siguen a Cristo en pobreza, castidad y obediencia; unos a través de la vida contemplativa y otros a través de la vida activa. Unos y otros realizan una ingente labor en beneficio de los más pobres a los que atienden en todas las necesidades de la vida y que, ahora, en medio de esta crisis económica que sufrimos, es cuando adquiere un mayor valor. Están ayudando a los que no tienen nada, a los que la vida, prácticamente, por una causa u otra, les ha negado todo. Por ello, hoy os pido a todos vuestra

oración por los religiosos y religiosas de todo el mundo que han entregado y siguen entregando su dedicación, su vida, en beneficio de los desposeídos de todo. El otro gran acontecimiento en este año es la celebración del V Centenario del nacimiento de santa Teresa, una de las mujeres de la Iglesia que más ha influido en la humanidad. Su experiencia mística profunda que pura vivencia de amor de Dios. Ella, Santa Teresa, es una experiencia única para la espiritualidad cristiana y para todos aquellos que quieren andar por el camino de la profunda unión con Dios. Recemos todos por estas dos celebraciones a las que nos ha convocado el papa Francisco.

Antes de terminar, quiero reconocer que el vallisoletano siempre fue y es un magnífico *embajador* de su Semana Santa, porque la lleva en el corazón y ello implica que allá donde vaya la dará a conocer, más bien la "pregonará". Y en esta faceta hubo una persona de gran conocimiento, preparación y rico y fluido verbo que lo hizo como nadie, mi muy querido, recordado y admirado Godofredo Garabito Gregorio que, a buen seguro, desde el cielo seguirá disfrutando de su Semana Santa vallisoletana.

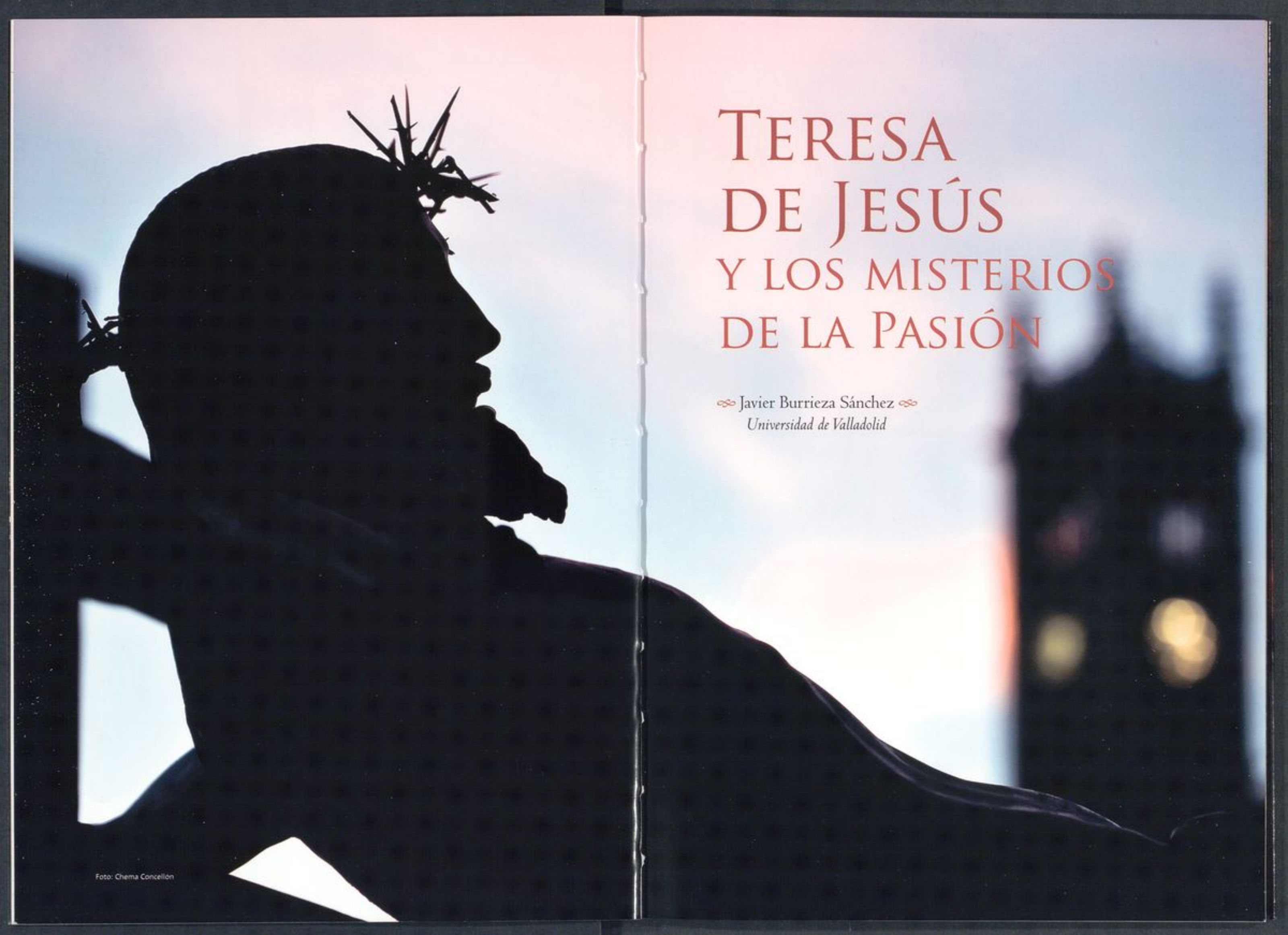
Valladolid en Semana Santa, sobria, silenciosa, doliente, no es mejor ni peor que otras ciudades en las mismas celebraciones. Es algo diferente que lleva implícito, para el que la visita en esa Semana de Pasión, el nacimiento de una fuerza interior que le impele a volver de nuevo. Por eso y por otras cosas más, siempre estaré con vosotros. Me habéis ganado el corazón.



Foto: Chema Concellón



Foto: Chema Concellón



TERESA DE JESÚS Y LOS MISTERIOS DE LA PASIÓN

∞ Javier Burrieza Sánchez ∞
Universidad de Valladolid



Foto: Alfredo Miguel Romero

El IV centenario del nacimiento de Teresa de Jesús nos permite resaltar la vinculación de esta santa con la Semana de Pasión castellana, y desde ella, con la de Valladolid. Ella fue una de las grandes autoras de la espiritualidad del siglo XVI, desde la cual debemos entender la iconografía de la Muerte y Resurrección de Cristo, plasmada en nuestros magníficos pasos procesionales. Obras devocionales, y ahora de arte, que fueron hijas de ese siglo de Oro del teatro, de la literatura de las meditaciones y de la ascética católica tridentina; de los sermones a los que era tan aficionada la madre Teresa, así como a los grandes éxitos editoriales de los teólogos españoles o de tantos autores espirituales, que ella pudo leer o posteriores a su muerte en 1582. Las páginas que escribió la reformadora carmelita fueron publicadas, por vez primera, bajo la edición del agustino

fray Luis de León en 1588. No eran obras completas tal y como las concebimos hoy, pues estuvieron ausentes páginas como el libro de las *Fundaciones* —que hasta principios del siglo XVII no salió de la imprenta— u otras de circunstancias cotidianas, como eran las cartas conservadas y nacidas de su puño y letra —publicadas en 1658 por el obispo de Osma, Juan de Palafox—.

Los escultores contaban con una base intelectual en la configuración de las escenas de los pasos. La imaginería respondía a esa “especie de fibra interior”, a “ese deseo de Dios hasta el aniquilamiento”, como subraya Santiago Sebastián. Es menester conocer bien el ámbito espiritual para analizar la génesis de estas escenas de las cofradías, encuadradas todas ellas por el tiempo de la Reforma católica. La madre Teresa de Jesús ocupa un lugar privilegiado en todo este contexto. La Compañía de Jesús también fue



contemporánea a este proceso y al mundo espiritual que definió la personalidad de la reformadora carmelita. Ignacio de Loyola proponía un método de contemplación imaginativa de lugar, lo que conocemos habitualmente como “composición de lugar”. No fue una invención suya, sino que pudo recibirla de una de las obras más trascendentales para la configuración de su espiritualidad, la “Vita Christi” del Cartujano. No era suficiente confiarlo todo a lo mental en la meditación. Era menester dar un apoyo visual a través de cuadros o estampas. Ya lo indicaba para las imágenes Francisco de Borja, jesuita que impresionó tanto a la madre Teresa según expresó en su *Libro de la Vida*: “porque el oficio que hace la imagen es como dar guisado el manjar que se ha de comer, de manera que no queda sino comerlo; y de otra manera andará el entendimiento discurriendo y trabajando de representar lo que se ha de meditar muy a su costa de su trabajo”. Al mismo tiempo se desarrollaban las sesiones del Concilio de Trento. Esta reunión puso en marcha, a través de sus disposiciones, un importante peso de la imagen con su dimensión didáctica. Así lo había expresado la sesión XXV: “enseñen diligentemente los obispos que por medio de las historias de los misterios de nuestra redención, expresadas en pinturas y en otras imágenes, se instruye y confirma al pueblo, en los artículos de la fe, que deben ser recordados y meditados continuamente y que de todas las imágenes sagradas se saca gran fruto, no sólo porque recuerdan a los fieles los beneficios y dones que Jesucristo les ha concedido, sino también porque se ponen a la vista del pueblo los milagros que Dios ha obrado por medio de los santos y los ejemplos saludables de sus vidas, a fin de que den gracias a Dios por ellos, conformen

su vida y costumbres a imitación de las de los santos y se muevan a amar a Dios y a practicar la piedad”.

Los *Ejercicios Espirituales* ignacianos pertenecen a este ámbito espiritual, contemporáneo a la primera sesión de Trento. No sabemos con certeza si Teresa de Jesús los hizo, aunque su primer biógrafo —el jesuita Francisco de Ribera— indicaba que le habían asegurado que sí. Esa “composición de lugar”, propia de esta metodología de conversión, será de vital importancia. En ese camino de la Pasión —también para el escultor—, se leía el libro, se escuchaba el sermón, se meditaba y contemplaba con imágenes. En las páginas de estos autores —también las de la madre Teresa de Jesús—, unas veces limitadas al ámbito de lo conventual, otras entregadas a la publicación y, por tanto, a la difusión, los imagineros encontraron el guión para plasmar en madera, y en otros materiales, el conjunto de esas experiencias espirituales. Meditación que conducía también a la compasión, a la imitación y a compartir los dolores del que sufrió para la salvación y redención. Palabra e imagen permanecerían unidas, sin necesidad de buscar la belleza. Imágenes para las cuales san Juan de la Cruz, en la “Subida al Monte Carmelo”, pedía que “más al propio y vivo estén sacadas... poniendo los ojos en esto más que en el valor y curiosidad de la hechura y su ornato”.

Teresa de Jesús era muy sensible con la piedad popular y las imágenes, dentro del contexto europeo de la Reforma, donde el protestantismo las rechazaba, evitando también la mediación de los santos. Este contrapeso hacia los rechazos de lo que se consideraba herejía no era la única razón por la cual la monja reformadora era devota de las imágenes, sobre todo aquellas referidas

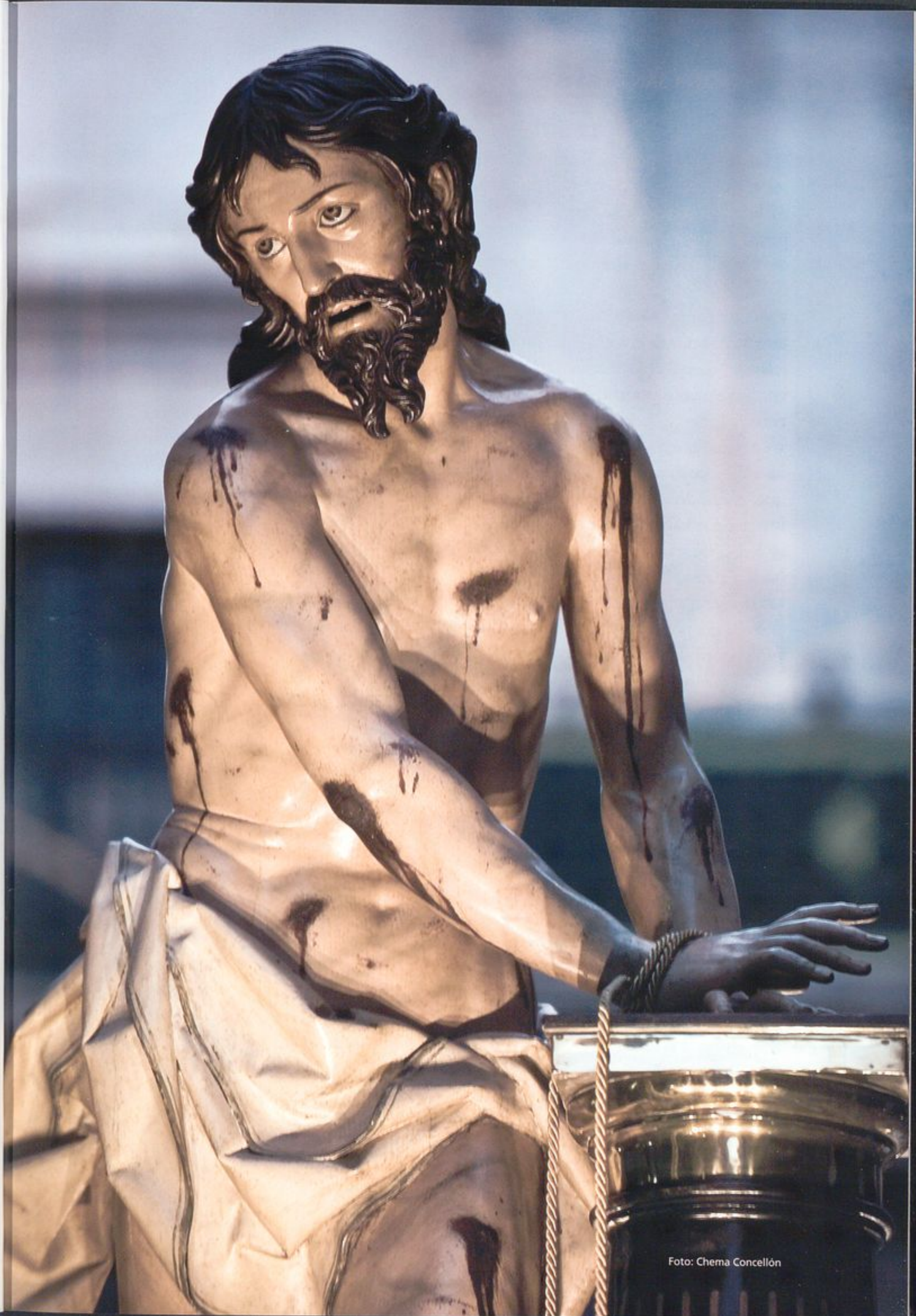


Foto: Chema Concellón

al misterio de la pasión. Teófanos Egido ha insistido mucho en cómo la espiritualidad de la madre Teresa y su experiencia mística partía de la contemplación de la humanidad de Cristo, Dios y hombre: “le miramos hombre y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía” (*Vida* 22,10). El paso que más le conmovía era el de *Cristo atado a la columna*, desde el cual ella se convirtió y encontró nuevas prioridades en su vida espiritual: “pues ya andaba mi alma cansada y —aunque quería— no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaeciome que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrójeme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle” (*Vida* 9,1).

Ella invitaba a la oración de contemplación —“mire que le mira”— ante las imágenes de pasión, tal y como dejó dicho en “Camino de Perfección”, obra que escribió mientras vivió en el convento de San José de Ávila, antes de la fundación de Medina en 1567: “miradle en el huerto, o en la cruz, o cargado con ella, que aun no le dejaban hartar de huelgo [...] si estáis con trabajos o triste, miradle en la columna lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos por lo mucho que os ama, perseguido de unos, escupido de otros, negado de otros, sin amigos, sin nadie que vuelva por él, helado de frío, puesto en tanta soledad, que uno con otro os podéis consolar” (*Camino de Perfección* 42,5). Dispo-

nen las carmelitas descalzas del convento de la Concepción del Carmen de Valladolid de una serie de escaparates donde se reproducen algunos de los pasos procesionales de la ciudad: la *Oración del Huerto*, la *Flagelación*, la *Coronación de Espinas*, la *Cruz a cuestras*, la *Crucifixión* y el *Cristo Yacente*. Se encuentran dentro de unas urnas con frontales convenientemente tallados. Por delante de cada uno pasaban las monjas, recorriendo plásticamente los misterios de la meditación de la Pasión. En este caso, los escaparates de las carmelitas deben mucho a los modelos creados por Gregorio Fernández y sus discípulos, de tal manera que se convierten en miniaturas de los pasos, sobre todo de los encargados por la cofradía de la Vera Cruz de Valladolid, según recuerda José Ignacio Hernández Redondo.

Teresa de Jesús había llegado hasta el alma contemplativa a través de sus lecturas, entre ellas las de autores que van a ser bien importantes en la elaboración de ese sustrato intelectual de los escultores de las cofradías. Uno de ellos fue el dominico fray Luis de Granada con su “Libro de oración y meditación” o la “Guía de pecadores”. A su vez, Gregorio Fernández leía y meditaba y conocía los escritos ya publicados de la madre Teresa de Jesús, contribuyendo también al desarrollo de la iconografía de la carmelita, beatificada en 1614 y canonizada en 1622. Esa predilección por el misterio de Cristo flagelado se plasmó en el grupo que talló el maestro gallego y que podemos contemplar en el convento abulense de Santa Teresa, edificado sobre la casa natal de la reformadora.

El jesuita vallisoletano Luis de La Puente, al que Teresa de Jesús probablemente no pudo conocer, publicó en su ciudad natal, ya en su madurez y en 1605, la obra “Meditaciones de los Misterios de

Nuestra Sancta Fe, con la práctica de la oración mental sobre ellos". La Puente era discípulo de Baltasar Álvarez, confesor de la monja carmelita en los años sesenta, cuando este vivía en el colegio de San Gil de Ávila, aunque después vivió en Medina del Campo, villa en la que fundó la madre Teresa en 1567. Tuvo que conocer bien La Puente la obra de la fundadora. Recoge esa invitación a la contemplación de esta maestra espiritual, sin olvidar las controversias que su maestro tuvo sobre la oración dentro de la Compañía: "estando ya Cristo nuestro Señor —escribe el jesuita vallisoletano— desnudo en la columna, comenzaron los sayones á azotarle con extraordinaria crueldad. Los instrumentos del castigo, como algunos dicen, fueron tres diferentes que usaron diversos verdugos, hiriéndole unos después de otros, es á saber unas varas verdes, llenas de espinas, y unos ramales tejidos de nervios de bueyes, con sus abrojos de hierro al remate de ellos, y unas cadenillas de hierro que herían y penetraban hasta los huesos. Con estos azotes empezaron a descargar terribles golpes sobre las espaldas del Salvador, las cuales con la furia de los golpes, primero se encardelaron, luego se desollaban del cuero delgado que tenían, después penetraban los azotes la misma carne, vertían arroyos de sangre que caían en el suelo. Y con esta crueldad iban golpeando é hiriendo todo el cuerpo, sin perdonar brazos ni hombros, y todo el pecho hasta descubrir los huesos" (*Meditación XXXV, De los açotes de Christo nuestro señor a la columna*).

Gregorio Fernández recreó la visión que describía la madre Teresa en el *Libro de la Vida*. Un azotado a la columna que fue tan recurrente en los conventos. En el de la Concepción del Carmen se conserva una inigualable talla que representa este momento, realizado hacia 1615, cuatro años antes del encargo realizado por la cofradía de la Vera Cruz al maestro gallego en su paso procesional del Azotamiento. Es cierto que aquella imagen la recibieron las monjas carmelitas vallisoletanas posteriormente. Fernández fue el que popularizó este tema, atado a una columna baja, de acuerdo con la reliquia conservada en Santa Práxedes de Roma. Ésta facilitaba una posición más dramática del azotado, favoreciendo la emoción generada en el espectador que contemplaba un paso procesional. "Quedando todo el cuerpo desnudo libre y desembarazado —podemos leer en el sermulario de Martín Peranza—, para que los látigos y rebenques diesen vueltas al cuerpo". Fernández se empleó con intensidad en el realismo de las heridas, especialmente en las llagas originadas por los flagelos, imagen también de aquellas que portaban los hermanos de sangre durante las procesiones. Azotados sobre los que se realizaba un destacado estudio anatómico, equilibrado, realista y dramático. Era el deseo de tratar el cuerpo humano, convirtiéndolo en la humildad de Dios desnudo ante el suplicio y el padecimiento: "mire que le mira", como indicaba Teresa de Jesús, auténtico varón de dolores y de amor.

Quien lo dude,
que venga y lo vea

*Antonio, Arzobispo
de Valladolid*

∞ Antonio García García (1880-1953)
Arzobispo de Valladolid



Foto: Chema Concellón

Una de las glorias más luminosas de España es el esplendor devotísimo con que celebra la Semana Santa.

España sabe lo que significa y vale la Pasión y Muerte de Jesucristo, la institución de la Eucaristía y el sacrificio de la Cruz.

Lo sabe y lo siente, y expresa su saber y su sentir celebrando los divinos misterios que se conmemoran en la Semana Santa con esplendor devotísimo, no superado por los otros pueblos la tierra.

España posee la sabiduría sublime, don del cielo, con el que percibe y saborea intelectual y cordialmente el gran misterio de la Redención de la Humanidad con la Sangre preciosísima de Jesucristo.

Percibe y saborea España, con el entendimiento y con el corazón, que el acontecimiento cumbre de toda la historia, el acontecimiento clave para resolver y explicar

todos los problemas del tiempo y de la eternidad es Jesucristo, Rey de amor, en el trono de la Cruz.

Hermosa con esplendores de arte y religiosidad la Semana Santa en toda España y principalmente en algunas de sus grandes ciudades: Sevilla, Málaga, Murcia... A ninguna quitamos ni menguamos su gloria; pero la eminencia de la Semana Santa la tiene... ¡Valladolid!

Quien lo dude, que venga a Valladolid y lo vea con sus propios ojos y quedará plenamente convencido de que la Semana Santa, tal como debe ser, conforme a su propia naturaleza, es la Semana Santa de Valladolid.

Que venga y vea... y verá que el conjunto de pasos que exhibe Valladolid no tiene igual ni en primores de arte ni en sentimiento genuino de honda religiosidad.

Quien lo dude, que venga y verá que los desfiles procesionales, por su orden,

silencio y devoción sincera, son profundamente conmovedores y hacen saltar del corazón llamaradas de admiración inefable.

Los que todavía no han venido a Valladolid en Semana Santa, que vengan y contemplen más de cien mil espectadores del desfile profesional del Viernes Santo por la noche, en actitud maravillosa de compostura y silencio y compenetración íntima con la procesión General de la Pasión de Nuestro Divino Salvador.

Sí, venid, forasteros, a Valladolid en Semana Santa y gozaréis de una semana llena de arte y de fervor religioso, desde el Domingo de Ramos; fervor y arte en las procesiones y los conciertos sacros y en los

Vía Crucis y en los cultos litúrgicos de la Catedral y de las parroquias y conventos.

En una palabra, en la Semana Santa, Valladolid, la ciudad entera, es una apoteosis magnífica en honor, en amor y en agradecimiento a Jesucristo, Rey de justicia y de bondad y de misericordia y de paz entronizado en la Cruz.

Todos los que anhelan disfrutar de los más exquisitos deleites del espíritu, que vengan a Valladolid, pero que vengan con el corazón bien dispuesto, con el corazón limpio, y les aseguramos que gozarán de las delicias de una Semana Santa de verdad y en grado sublime.



Foto: Chema Concellón



Itinerario sentimental de la Semana Santa de Valladolid

Ángel de Pablos

∞ Ángel de Pablos Chapado (1911-1983) ∞



Foto: Chema Concellón

Valladolid abre todos los años, en silencio, despacio, sobrecogido de presentimientos, la puerta de su Semana Santa, de esta maravillosa Semana Santa de Valladolid. Ya en el Domingo de Ramos nos da en la cara un aroma de flores, un perfume de incienso. Toda la Semana Mayor es una vaharada de luz, de devoción, de fe, de penitencia, y hay que entrar en ella con el alma iluminada para seguir su itinerario en cruz: las procesiones....

Y así como cada uno de nosotros, al entrar en la iglesia, tenemos nuestro sitio para rezar, al que nos llevan instintivamente nuestros pasos; el rincón de la capilla, la sombra de una nave, allí donde rezamos y hablamos con Dios más íntimamente, con más devoción y más fervor, cada una de las procesiones de Valladolid tiene también un sitio para verlas, un momento para sentir las con más honda emoción.

Sale el Domingo la simpática procesión llamada de la "Borriquilla". Las palmas de color de oro, los ramos verdes y los "hosannas" de los niños vuelan con aleteo de palomas en la mañana del domingo. Valladolid abre así, gozosamente, infantilmente —como gozo— la que fue la entrada de Jesús en Jerusalén, la puerta de su Semana Santa. El sitio, el momento de esta procesión está al final de la calle de las Platerías, verla entrar en la iglesia de la Vera Cruz. El espectáculo es allí maravilloso. Millares de niños y niñas, cubriendo la calle antigua y clásica, cuyos balcones están engalanados. Sube el "hosanna" hacia los cielos, con un hervor -fervor- de corazones. En el centro de aquel río de niños vestidos de fiesta, la espuma de las palmas rubias, a todo lo largo de la calle, como una estela de luz que va dejando el "paso" de la Borriquilla, la barca del Señor, que así parece navegar por un mar de ramos. Desde la balconada de la iglesia,



Foto: Alfredo Miguel Romero

imparte su bendición el Arzobispo, y surge, florece, el himno nacional. Momento inenarrable. Todas las palmas, todos los ramos, todos los brazos de los niños, se agitan en el aire, como estremecidos por un viento nuevo que bajara del cielo.

/Domingo de Ramos/... el que no estrena no tiene manos. Y Valladolid estrena cada año un alma, intacta y limpia, para recorrer después el itinerario sentimental, el itinerario en cruz de su Semana Santa.

El martes por la noche la procesión llamada del Encuentro. El sitio para verla está en la Plaza Mayor, junto al Consistorio, donde se verifica el patético encuentro de Jesús, camino del Calvario, con su Madre, en la calle de la Amargura, instante de belleza entrañable, revivido en el arte de la imaginería castellana.

El miércoles, solemne Vía Crucis por las calles, revestidas ya de lutos y presagios, las catorce estaciones, señalados con toscas

cruces de madera, que el pueblo reza mientras apaga la ciudad sus ruidos. Para captar la impresionante solemnidad de este Vía Crucis procesional, meteos por una calle cualquiera, una calle silenciosa desierta. Y escuchad. Hasta vosotros llegará, como un clamor de multitud, el rezo del Rosario, la expiatoria exposición de aquel camino doloroso, de este nuevo itinerario en cruz. Os parecerá que toda la ciudad está rezando y que hasta las torres se arrodillan ante las cruces de madera.

Jueves Santo... Todo parece morir sobre las rosas del dolor en éxtasis. El cielo tiene un tinte de oro; el viento, los vientos que crearon los surcos de la tierra, están parados y parecen colgar, como banderas, de los muñones de las torres. Mujeres con mantilla, piquetes de soldados con guante blanco, las armas a la funerala, familias enteras en su visita a los Sagrarios. Al filo del atardecer la Procesión de Penitencia y

Caridad, como un bálsamo de esperanza y fe para los que sufren llagas en el alma y en el cuerpo. También este desfile tiene un momento sublime, aquel en que los enfermos y los presos ven pasar las imágenes y elevan sus plegarias hacia El que todo lo cura y todo lo perdona. Yo he visto llorar a los enfermos en sus camas, a los reclusos en sus celdas, con sólo escuchar, sin ver, en la imposible y cercana libertad de la tarde, ya casi anohecida, el canto herido del “/Perdón, oh Dios mío/”...

Y llegamos a la augusta serenidad del Viernes Santo. Al relumbro del Jueves –“tres jueves hay en el año”– todo sol, sigue el celaje morado de las sedas. Correrá un airecillo suave de suaves terciopelos. Quizás se cubra el cielo de blancas nubecillas. Todo parece prepararse. En la Plaza Mayor, al mediodía, la más grande confesión de fe que

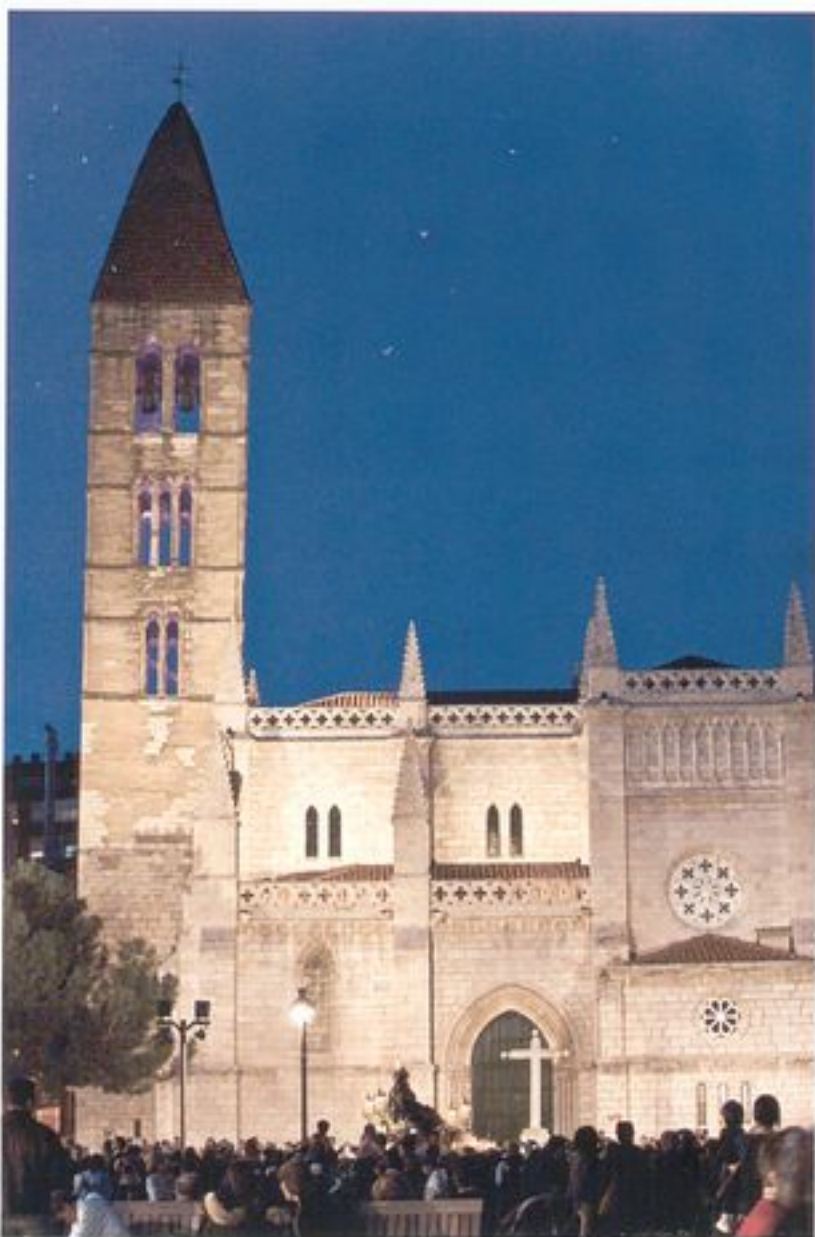


Foto: Chema Concellón

puede dar un pueblo en estos tiempos: el Sermón popular de las Siete Palabras. La vieja plaza castellana se hace templo, se hace grabado antiguo, estampa, con todo el colorido de las túnicas, los uniformes y los hábitos. Silencio impresionante y, sobre él, la voz del predicador que clama: “/Consumatum est/”, mientras las tres cruces elevan su Gólgota, en un supremo simbolismo, allí donde a diario los hombres de la calle crucifican a Dios.

A primera hora de la tarde, la procesión llamada de los Docentes, con el maravilloso Santo Cristo de la Luz, que se venera en la Capilla Universitaria del Colegio Mayor.

Y ya en la noche, esa incomparable procesión general del Santo Entierro, que es toda ella el itinerario conmemorativo de la Pasión y Muerte del Señor. Valladolid se pone en cruz y echa a andar el desfile torturado de sus pasos y sus cofradías. Mucho y grande es el arte que pusieron aquellos maestros imagineros en sus esculturas, en sus tallas. La mano de Dios tuvo que andar por medio en la inspiración de aquellos hombres para hacer de los árboles y de los leños, el puro arte de imaginación, el retablo maravilloso del Calvario. Pero aún es mayor la fe con que el pueblo ve pasar las imágenes, desfilar los pasos. El fervor que las gentes sencillas ponen en la contemplación de los Cristos, de las Dolorosas, de los sayones, es también un arte, un arte puro y popular que mana espontáneo de los corazones y las almas.

Esta magna procesión hay que verla pasar metidos en una bocacalle de su itinerario. Las imágenes irán pasando lentamente, despacio, ante nosotros, una a una, como pasan las estampas de un algún, de un libro cuyas páginas vayamos desdoblado cuidadosamente.



Foto: Chema Concellón

Procesión monumental la han llamado, pero yo la llamaría mejor, procesión penitencial, por ese sentido del dolor, de recogimiento, que va dejando a su paso en las muchedumbres que deben pasar. Dolor y penitencia que hay que venir aquí, a Valladolid, a sentir y a palpar, con la emoción auténtica y profunda que nos penetra y estremece al ver así, un poco lejos, desde una bocacalle, este desfile procesional del Santo Entierro.

La gran Semana Mayor termina con la procesión de la Soledad, el mismo Viernes por la noche y en la que las mujeres vallisoletanas acompañan a la Dolorosa que, despojada de sus joyas, de sus galas, engalanada y enjorada sólo por la pena infinita y desgarradora de su soledad, lleva en su corazón clavados los siete cuchillos del dolor. Momento emocionante —el suyo— ante la Iglesia penitencial de las Angustias, cuando

el pueblo despide a la Virgen y canta la Salve popular, la salve, que se abre en la noche y en el cielo como una flor que tuviera sus pétalos de estrellas y su tallo de luz...

Luego, la Gloria del Sábado, con su volteo de campana, y el “resurrexit” del Domingo, con un aleteo de palomas blancas y primaverales. Todos nos sentiremos entonces un poco mejores, más limpios, más entrañablemente humanos. Será como si hubiéramos escuchado, en la tempestad de la vida, unas dulces palabras: “Si no quieres perecer, Pedro, entra en tu barca”...

Valladolid habrá vivido un año más la maravilla y el dolor de su Semana Santa incomparable.

Por la España vieja: Los santos de Valladolid

Lucillo

∞ Emilia Pardo Bazán (1851-1921) – Octubre 1891 ∞



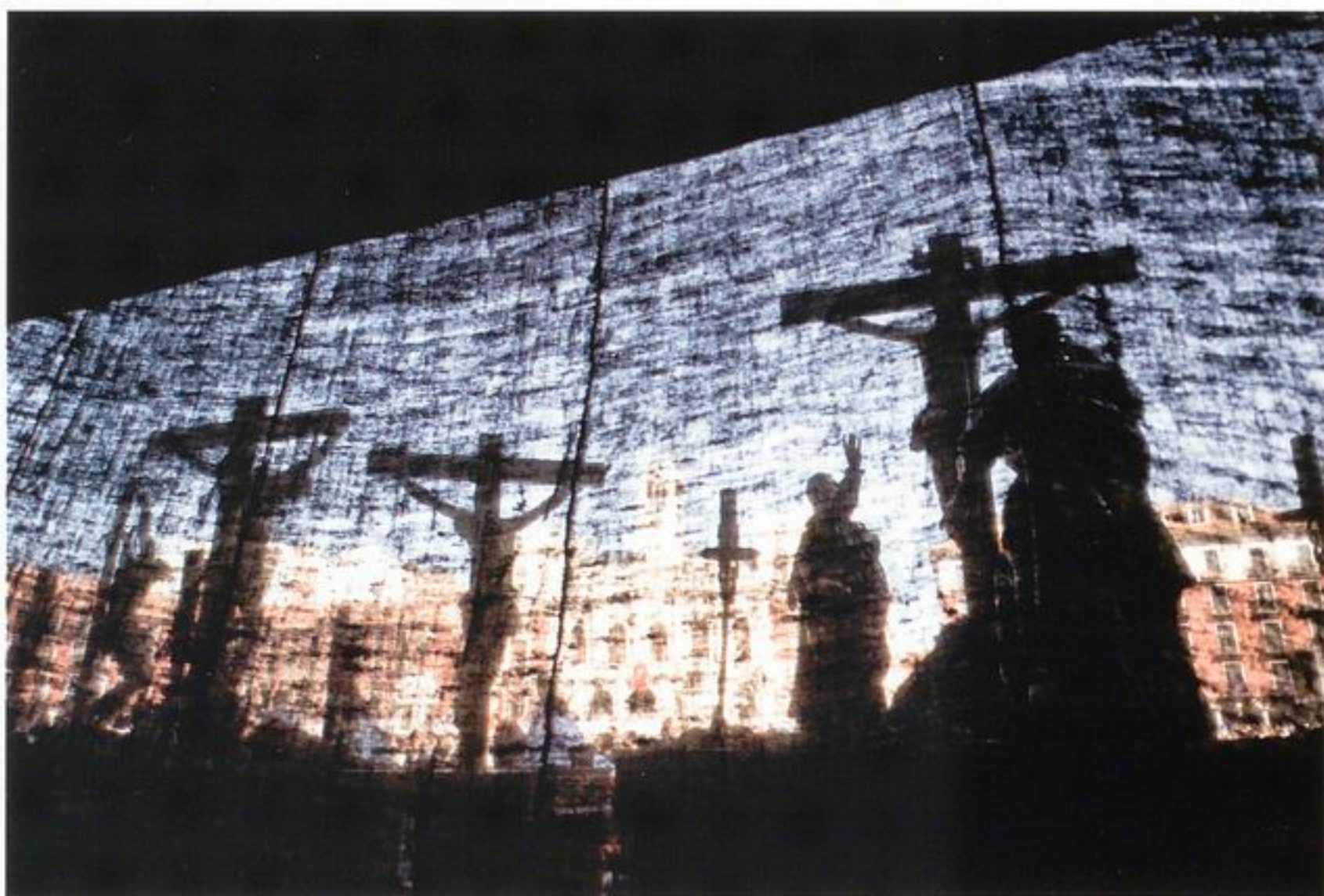


Foto: Chema Concellón

Si los españoles concediésemos al arte y a la naturaleza de nuestra patria algo de la estimación que otorgamos a la trapetería y a las hornillas francesas, Valladolid sería objeto de peregrinación, no por sus edificios, aunque tan grandiosos, ni por sus recuerdos, aunque tan augustos, sino por su riqueza increíble de efigies de madera, —la escultura nacional.

España reúne a muchos otros atractivos el de una variedad encantadora. Cada ciudad española, de las renombradas por su contenido artístico, presenta un interés peculiar suyo, algo que la caracteriza y distingue de las demás. No cabe aquí monotonía. Recuerdo que a un ruso amigo mío, muy partidario y admirador de nuestra patria, le dijo cierto francés: *“Llego de España ahora, y voy a escribir sobre ella.”* *“Pero, ¿de cuál España viene V., y de cuál va a escribir?”* contestó el ruso: *“Porque hay tantas Españas como regiones españolas, y en nada*

se parecen unas a otras: cada cual tiene su fisonomía inconfundible.” Para los que no distinguen de colores, Castilla es la tierra de la uniformidad, una interminable meseta donde a trechos surge la torre del campanario, como en la infinita llanura del océano la arboladura del navío. Pues yo juro que las dos Castillas son varias, entretenidas, golosas para la imaginación del artista, tanto como el Sur, y no menos que el Noroeste de España.

Distintas veces me he detenido en Valladolid, y siempre mi primer salida fue hacia el Museo Provincial. A cada nueva visita, comprendo mejor su excepcional interés. Yo no sé si para los puristas del arte está en olor de santidad la escultura en madera, que es lo contrario del ideal griego, todo armonía y euritmia. En esta forma del arte escultórico, donde descuellan como astros principales los maestros Berruguete, Gregorio Hernández y Juan de Juni, hay una



Foto: Pedro Muñoz Rojo

mezcla de clasicismo en el modelado de las carnes y paños, de romanticismo en la expresión, de realismo en el color y los detalles, que hace del conjunto cifra y símbolo de nuestra genialidad nacional y de nuestro ideal religioso.

Para un católico español, un bulto de mármol o de alabastro siempre será frío: necesitamos humanar la efigie divina, darle entonación, ropajes y encarnadura, ver la sangre de las llagas, lo amoratado de los cardenales; nos conmueve el sonrosado cuerpecillo del Niño-Dios, y nos edifica la palidez del asceta, su inculta barba, sus ojos vidriosos en que hay lágrimas y sus pies descalzos, desollados, afeados por el polvo del camino. En esto de misticismo, como en todo, somos principalmente realistas, acaso por culpa de la deficiencia imaginativa que en nosotros observa Leighton, y que no nos

permite prescindir de las “especies sensibles”, y poner de nuestra cosecha lo que no existe en el objeto de la contemplación. Una de las imágenes más renombradas de Valladolid es la Virgen de la Angustia, de Juan de Juni, vulgarmente llamada *Zapatones* o *de los Cuchillos*. Diríase que en esta terrible escultura, donde, según la tradición, reprodujo el artista el dolorido aspecto de su propia hija mortalmente enferma, vencida por la hipertrofia; no cabe mayor señal de desconsuelo y agonía que la de su misma actitud; la contracción del semblante, el trágico movimiento del cuerpo, todo. Sin embargo, allí están, materializando el sufrimiento, los siete cuchillos de plata, cuyas preguntas convergen y se hincan en el martirizado corazón. Soy española tan genuina, que sentiría le quitasen a la Dolorosa sus cuchillos. Estas imágenes semivivas, que sangran y casi

alientan, me dicen lo que no me viaja más la vaguedad de la música, principal elemento estético-religioso en el norte de Europa.

Grandes artistas fueron sin duda los escultores que poblaron de santos "de carne y hueso" los retablos y hornacinas de los conventos de Valladolid, Medina, Segovia y Salamanca; más sino eran ellos mismos quienes se encargaban de encarnar y estofar las cabezas, manos y ropas de las efigies, digo que de tanta admiración como los autores de la talla, son dignos los de la pintura. Ni hay quien detalle ni quien pinte así en el día. En Simancas, sobre un armonioso retablo antiguo, vi destacarse una especie de langostino mondado, un cuerpo color fresa, que parecía los que exponen en sus vidrieras los ortopédicos. —"¿Qué es aquello?", —pregunté con asombro—. "Pues ná...". —respondió el sacristán y organista con desdén, —"Un francés que vino aquí engañando... y pa muestra pintó esa figura, y miusté lo que ha salío!".

Grima da el comparar a los santos viejos con esos modernos santucos arrebolados y blanqueteados lo mismo que cómicos de la legua, de caras hipócritas o bobaliconas, repugnante muestra de la falta de inspiración religiosa y del industrialismo que la está matando. No quisiera enemistarme con el bienaventurado Labre, ni menos con Nuestra Señora de Lourdes, porque si bueno es tener amigos hasta en el infierno, tenerlos en el cielo no hay para qué decir cuánto será mejor; pero un bienaventurado o una advocación de la Virgen no pueden inspirarme ese sentimiento mixto de veneración y familiaridad que se llama *devoción*, mientras no he visto y amado su representación artística.

Decía —y basta de digresión— que fui al Museo de Valladolid en derechura, aunque

para esto de santos de palo es Museo todo Valladolid. Apenas habrá iglesia que no ostente efigies y altares que en otro pueblo serían objeto de admiración, mientras allí apenas se les hace caso. Tan inverosímil riqueza de esculturas es fruto de un periodo relativamente corto: el de la vida y florecimiento de los grandes maestros Berruguete, Alonso Cano, Hernández, Becerra, Juni y alguno más, pléyade que fue a Italia a beber en la fuente miguelangelesca, y nos trajo el Renacimiento tal cual nosotros podíamos admitirlo, expresivo antes que clásico, sujeto a nuestro carácter propio y dirigido por las vías de la fe, más exaltada entre nosotros que nunca estuvo en Italia, y triunfante y avasalladora precisamente en la época del *cinquecento*, en que Italia produjo sus grandes paganos, mientras nosotros producíamos nuestros grandes santos. —A diferencia de la arquitectura y de la talla, la imaginería de madera no tuvo decadencia, ni periodo de mal gusto. Para las efigies no hubo Churriguera. Esa forma del arte tan nuestra, que con tan fogoso ímpetu se había desarrollado, murió con sus creadores.

Innumerable legión de esculturas, que ya no caben en él, puebla las salas bajas del Museo Provincial de Valladolid. Por falta de espacio y de instalación adecuada, se deslucen y no pueden apreciarse debidamente algunas de sus mejores prendas. Bien lo lamenta el celoso conservador D. José Martí, a quien yo aconsejaría, si para aconsejar tuviese autoridad bastante, que restara del Museo mucho lienzo de mala mano, guardándolos enrollados en los desvanes y dejando sitio para las esculturas, gala de este establecimiento y señal que lo distingue entre los demás de España y del mundo. En pintura posee el Museo de Valladolid cosas apreciables; en escultura las tiene de primer



Foto: Chema Concellón

orden. Lo accesorio e ínfimo debiera sacrificarse a lo principal, tanto más cuanto que hay allí cuadrárganos procedentes de conventos, poco dignos de ofrecerse a la admiración ni siquiera a la curiosidad del público, mientras la sección de escultura merece todo el mimo y atención que se le consagre.

Apiñadas las efigies, se desmerecen unas a otras, y casi marcan al que las mira. No se puede volver la vista a ninguna parte sin encontrarse con un papa que bendice, un evangelista que escribe mirando a las nubes, un sayón que aprieta los puños y echa chispas de rabia, un *Ecce Homo* en actitud doliente o una Magdalena llorosa. Mi hija Blanca, chiquilla al fin, retrocedió llena de susto divisando en un rincón la catadura siniestra de un jayán agachado, como en acecho —sin pedestal ni cosa que lo valga— que al parecer iba a arrojarse sobre los visitantes pidiéndoles la bolsa o la vida. Gracias a

que era día claro, y la luz del día disipa el terror. En otra de mis estaciones en Valladolid, recuerdo que visité el Museo bastante tarde, casi al anochecer. Sola iba y sola me dejó el conserje en la sala donde se agrupan los Pasos de las Penitenciales, y a los pocos minutos ya sentía la semi-alucinación del terror, ante las figuras violentas, desproporcionadas, efectistas, pero tan dinámicas, de aquellos judiazos, de los cuales dice con razón el Sr. Muñoz Peña, ilustrado autor de una notable monografía sobre *El Renacimiento de Valladolid*, que “admiran por su artística fealdad” encerrando esa fealdad hiperbólica y patibularia —concebida por Gregorio Hernández, el artista que más dulzura y suavidad puso en los lineamientos de sus efigies— un profundo sentido religioso de amor a la santa víctima del drama de la Pasión. Yo presumo, sin embargo, que aun cuando los *Pasos* hayan salido del taller de Gregorio

Hernández, y trabajase en ellos Hibarne, su hijo político, no labraron tan rudas imágenes las delicadas gubias de mi paisano.

El cual, si no me equivoco, se lleva la palma entre un conjunto de artistas donde los hay más celebrados que él, -dígalos Berruguete. Adviértase que hablo solamente del Museo, pues si recuerdo el bulto yacente del cardenal Tavera, que acabo de admirar en Toledo, tengo que proclamar a Berruguete artista único. Sin embargo, en el Museo de Valladolid ningún obra suya, ni el *San Pedro de pontifical*, ni la *Coronación de la Virgen*, ni el *Salvador*, ni siquiera las asombrosas tallas de la sillería del coro de San Benito, pueden competir con la obra maestra de Gregorio Hernández, el *Bautismo de Cristo por San Juan*. No he visto altorrelieve de madera que supere a este en la concepción ni en el desempeño. Hay movimiento sin exageración, sentimiento sin énfasis, pureza de líneas sin frialdad, y un equilibrio tal de condiciones y tan majestuosa calma, que no se sacian los ojos de mirarlo ni el alma de bañarse su dulzura. Allí también entra como elemento estético la eurytmia, que parece privilegio del arte pagano; pero más que serenidad, infunde arrobamiento este relieve.

Hernández no era lúgubre, triste ni medroso; su religiosidad revestía formas plácidas y risueñas; su colorido era claro, brillante y puro; la luz del día alumbraba sus creaciones, y esta especie de vida jubilosa y de culto a la belleza es lo que más distingue a la obra de que trato. Los que dan por cosa hecha que la religión en España fue un acceso de fanatismo visto a la luz de una hoguera, observen a Gregorio Hernández y digan si cabe un artista más descendido del paraíso, más cercado de aureola, más murillesco en sus divinos ángeles, más luminoso y más *mariano*.

En cambio, Juan de Juni, escultor infatigable y desencadenado, que inundó Valladolid de retablos y efigies, representa bien el ardor, el instinto dramático-religioso de nuestra raza. No sé si era español Juni, porque creo que el punto no se ha dilucidado; sé que fue su inspiración más ibérica, menos influida por el clasicismo de Italia que otra alguna. Si a Berruguete hay que concederle maestría, ciencia anatómica, y a Hernández pureza y elevación, Juni es sin duda el escultor de más temperamento, de más nervios, de más vida pasional: un terrible efectista, un dramaturgo, un violador intrépido de la ley primordial de la escultura, que parece ser la armonía lineal y la quietud y decoro de las actitudes. Las efigies de Juni se retuercen, se contraen, se escorzan: todo en ellas —posición, plegados de los paños, gesticulación de los rostros, el mismo colorido de la encarnación —es un sacrificio de la hermosura plástica a la expresión vehemente.

¡Cuánto he sentido, por esa fatalidad que hace que siempre se quede atrás en los viajes algo que de veras importa, venirme sin ver el *San Francisco de Asís*, obra de Juni, que se admira en el convento de Santa Isabel, y que pasa por una de las mejores efigies del Cristo de la Edad Media, en nación como España, que produjo las mejores efigies de San Francisco que se conocen en el mundo! De compensación me sirvió el San Antonio de Padua del Museo. Los *San Antonios* suelen ser mofletudos, plácidos, orondos, sin señales de penitencia en la cara ni en el cuerpo. El *San Antonio* de Juni es un asceta: sus enérgicas facciones, de tipo latino, están demacradas por el ayuno y trabajadas por el llanto de la contrición; la barba inculta le da aspecto de varonil desaliño. El Jesús es un capullo de rosa y un hechizo, por la actitud tan natural como zalamera con que acaricia al Santo.



Foto: Pedro Muñoz Rojo

Noto que he hablado de Valladolid sin atender más que su escultura religiosa. ¿No hay en tan importante capital —me dirán— algo que merezca especial mención, aparte de las efigies? Sí que hay; ¡pues no ha de haber! Sin salir de los dominios del arte, el mismo Museo contiene curiosidades en ropa, medallas, cofres, etc.; y en cuanto a edificios, San Pablo y San Gregorio son dos joyas platerescas, divinamente restaurada esta última por el arquitecto D. Teodosio Torres, nombre que merece consignarse; y hay en Valladolid paseos regios, y opulentos casinos, y tiendas muy bien surtidas, y un

teatro de Colón que afrenta a Madrid, y la casa de Cervantes, y ¡tanto más!

Sólo que yo no escribo guías; voy a donde me lleva mi capricho, a lo que excita mi fantasía, al señuelo de lo que distingue a una población entre las demás de España. Y Valladolid, es indiscutible; tiene por blasón su hueste gloriosa de *santos viejos*. Yo me pasaría un mes sin otra ocupación que registrar esta corte celestial... si no tuviese que ir a Medina de Rioseco, a Tordesillas, a Villalar, a Simancas, donde veré algo que tal vez merezca contarse.

Glosa al cartel de la Semana Santa

∞ Mar Domínguez Puente ∞



Foto: Pedro Muñoz Rojo

Ilustrísimo señor alcalde, señor presidente de la Junta de Cofradías, autoridades, señoras y señores. Buenas tardes.

En 1989 llegué desde Bilbao a Zamora para hacer unas prácticas en un periódico local. Jamás había tenido contacto con ninguna Semana Santa y, de repente, me topé con la de aquella cercana tierra. Fue allí donde me di cuenta de la relevancia que tiene la semana de Pasión para los creyentes y para quienes, sin serlo, viven esos días con una intensidad difícil de explicar si no eres uno de ellos. En 1992 comencé a trabajar en la delegación que El Norte de Castilla tenía en la provincia y durante toda aquella intensa aventura profesional fui consciente del sentimiento tan hondo que desprendían sus gentes ante su semana grande. Grande en religiosidad, grande en tradiciones y más grande si cabe en la defensa de un patrimonio personal y cultural que condicionaba el trabajo profesio-

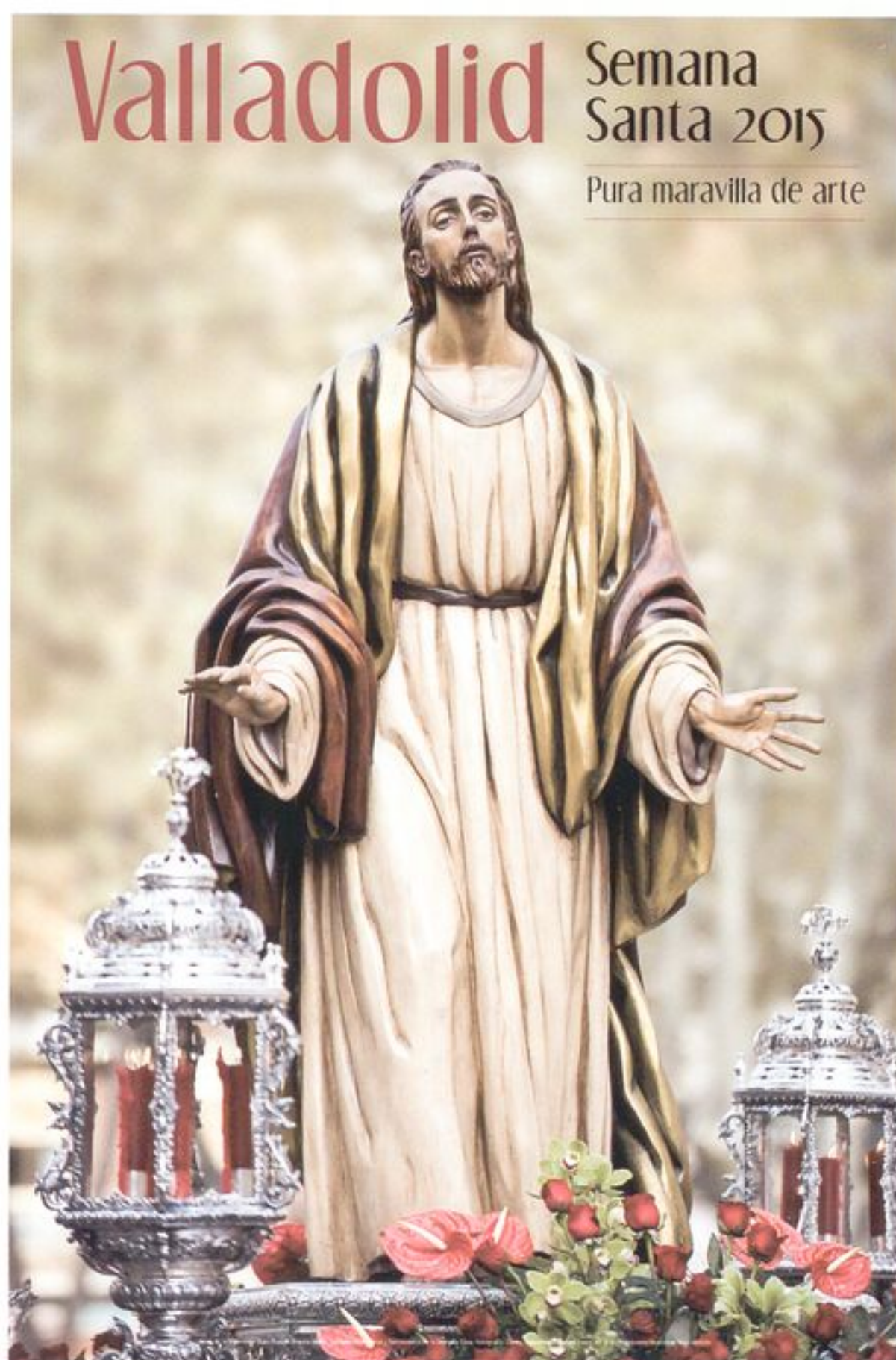
sional de todos los medios de comunicación, que plasmaban en sus espacios esas profundas jornadas como se merecían.

Pero no sólo encontré en el ámbito profesional la ruta que necesitaba para comprender aquel fenómeno social. En mi propia familia contaba con referencias de sobra que complementaban, y cómo, la forma en que debía expresarme profesional y personalmente en aquel ámbito de la vida de una ciudad castellana. Mi tío Otilio Vega, cuyo colosal archivo fotográfico se encuentra actualmente en la Filmoteca de Castilla y León, había retratado los momentos de la Semana Santa zamorana en la provincia. Las imágenes que captó su cámara de la sobrecogedora procesión del Santo Entierro en Bercianos de Aliste, en la que los cofrades desfilan con la mortaja blanca con la que serán enterrados, hizo que me acercase cada vez más a aquel fenómeno social y lo contemplase con otros ojos. Mi hermana Julia

heredó de mi tío sus cámaras, su mirada por el objetivo y el colosal archivo de casi medio millón de instantáneas, que le sirvieron para seguir sus pasos a la hora de afrontar los más de siete días que dura esa semana tan especial.

Llevo cinco años en Valladolid, así que de un coloso de la Semana Santa pasé a encontrarme con otro, con un reto todavía mayor, pues nunca antes había disfrutado de sus desfiles procesionales ni tampoco había tenido la oportunidad de ser deslumbrada ante semejante patrimonio artístico. Sabía que la de esta tierra era una semana apabullante, pero desconocía hasta qué punto. Me dejé llevar por el espíritu que flota sobre esta ciudad y, como ya estaba avisada, sólo tuve que hacer una inmersión sosegada y disfrutar de los apuntes de quienes me sirvieron de cicero-nes. Amigos y compañeros como Nacho Foces, subdirector de El Norte y un encendido defensor de la Semana Santa de Villavicencio de los Caballeros, su pueblo, que la promueve con ardor guerrero, y gran adalid de la puesta en valor de semanas de pasión más modestas, aunque no menos intensas; de Paco Can-

talapiedra, un sabelotodo entrañable, que te llena la cabeza de datos y anécdotas, y que también fueron los encargados de glosar en otras ediciones los respectivos carteles anunciadores de sendas semanas santas vallisoletanas. Tampoco quiero olvidarme del apoyo incondicional que me ha brindado Javier Burrieza, erudito historiador de esta ciudad y un experto semanasantero. Ellos me contagiaron este germen que, gracias a su desinteresado concurso y al de Felipe Esteban, el nuevo presidente de la Junta de Cofradías, y



José Miguel Román, han hecho que hoy me encuentre narrando mis experiencias ante ustedes y tenga el honor de glosar humildemente el cartel anunciador de la Semana Santa de Valladolid 2015.

Una Semana Santa especial, porque será pregonada por el arzobispo de Valladolid y cardenal, monseñor Ricardo Blázquez. Don Ricardo Blázquez recuerda con frecuencia a las cofradías que no olviden la obra que tienen ante sí, de carácter específicamente social: ayudar a quienes lo necesitan, dado el espíritu de hermandad con el que nacieron y sin el cual perderían parte de su esencia. La Cofradía Penitencial y Sacramental de la Sagrada Cena, que alumbra la talla del *Jesús de la esperanza*, cumple 75 años, siendo fiel al principio de caridad y misión social al que me refería anteriormente. Para ello, durante todo el año realiza actividades enfocadas a entregarse a los demás, a quienes más lo necesitan. Ayuda a los cofrades que lo requieran, colabora con las recaudaciones de las colectas de ciertas eucaristías, organiza operaciones kilo de recogida de alimentos y, especialmente, participa en la obra social de Cáritas de la parroquia de San Pedro Apóstol, sede canónica de esta hermandad, y en cuyo templo puede admirarse el *Jesús de la esperanza* de Juan Guraya Urrutia, un imaginero de Bilbao que creó esta talla en 1946, aunque fue en 1979 cuando la cofradía decidió procesionarlo. El Cristo se encuentra en actitud implorante, que procede a entrar en el cenáculo y que ha servido a Chema Pérez Concellón para retratarlo y convertirlo en el cartel de este año.

Pérez Concellón, el fotógrafo por excelencia de la Semana Santa y responsable de los carteles procesionales de la Pasión vallisoletana desde hace 25 años, no ha perdido su tino y las procesiones le brindan inspira-

ción para plasmar la esencia de este acontecimiento internacional. El magistral empleo de la luz imprime un halo especial a este Jesús, en el que muchos han apreciado la sensación de encontrarse ante un lienzo en vez de ante una fotografía, que, en ambos casos, no deja de ser una obra de arte. En este año, por primera vez, el paso dejará de ser trasladado sobre una carroza y será portado a hombros por cofrades, lo que proporcionará a la imagen vitalidad, realismo y realzará su ya singular belleza. De este modo, Pérez Concellón dispondrá de otros matices que brinden a su objetivo renovadas formas, que estoy segura de que le inspirarán material fotográfico inédito en el futuro.

La Semana Santa copa El Norte de Castilla durante los días previos y siguientes a esta celebración. Durante el transcurso de las procesiones, el equipo de fotografía del periódico se esfuerza aún más si cabe por trasladar a los lectores su sensibilidad y compromiso, que no sólo reflejan en la edición impresa, sino que proyectan la imagen de Valladolid y su Semana Santa en el mundo entero. Ramón Gómez, Gabriel Villamil, Henar Sastre y Rodrigo Ucero serán los encargados, una vez más, de acercar a los lectores de esta aldea global que nos ha tocado vivir todo el esplendor de la Semana Santa de Valladolid.

La definición del *Jesús de la esperanza* ya ha sido glosada por alguien con más autoridad que la mía. Me refiero a José Antonio San Martín de la Riva, cofrade de la Sagrada Cena, quien dijo que esta imagen, obra maestra de mi paisano Guraya, resume en sí misma toda la Pasión, su gesto de ofrecimiento, su paso firme adelante, sus manos abiertas distendidas, su mirada al Padre... Es como si tuviese prisa por ofrecer su vida. Se



Foto: Chema Concellón

trata de una imagen moderna, sí, pero con una fuerza y un resumen teológico que muchas antiguas no tienen.

Tomás Barriga Pedrosa preside esta cofradía, una hermandad joven, que este año cumple tan solo 75 años, y que cuenta entre sus filas con un equipo cohesionado e implicado en hacer cantera, en la transmisión de los valores del arraigo, tarea en la que también ha estado implicado El Norte de Castilla. Valladolid cuenta con cerca de 16.000 cofrades, que pelean por que una ciudad

cada vez más urbana no pierda el patrimonio que supone su Semana Santa y los valores que representa, y con ellos también se vuelca el periódico.

Para mí es un honor poder contribuir personal y profesionalmente a convertirme en una embajadora de Valladolid y su Semana Santa. Quiero darles las gracias de nuevo por haberme honrado con este acto y desear que no perdamos la esperanza que esta escultura de Guraya nos inspira.

Muchas gracias.

Cofradías y pasos

participantes en la Procesión General de la Sagrada Pasión del Redentor



Foto: Chema Concellón

- **Cofradía Penitencial y Sacramental de la Sagrada Cena (1940)**

Iglesia parroquial de San Pedro Apóstol

Paso 1. Jesús de la esperanza

[Juan Guraya Urrutia, 1946]

Paso 2. La Sagrada Cena

[Juan Guraya Urrutia, 1958]

- **Cofradía Penitencial de la Oración del Huerto y San Pascual Bailón (1939)**

Iglesia conventual del Corpus Christi

Paso 3. La oración del huerto

[Andrés Solanes, h. 1629]

Paso 4. Prendimiento de Jesús en el huerto de los olivos [Miguel Ángel Tapia, 1995-2011]

- **Cofradía de Nuestro Padre Jesús Resucitado, María Santísima de la Alegría y las Lágrimas de San Pedro (1959)**

Iglesia conventual de Ntra. Sra. de Porta Coeli

Paso 5. Las lágrimas de San Pedro

[Obra atribuida a Pedro de Ávila, h. 1720]

- **Hermandad Penitencial de Nuestro Padre Jesús Atado a la Columna (1930)**

Iglesia conventual de Santa Isabel de Hungría

Paso 6. Preparativos para la flagelación

[José A. Hernández Navarro, 2004]

Paso 7. El azotamiento del Señor

[Escuela Castellana, h. 1650]

Paso 8. El Señor atado a la columna

[Gregorio Fernández, h. 1619]

- **Hermandad del Santo Cristo de los Artilleros (1944)**

Iglesia penitencial de la Santa Vera Cruz

Paso 9. Ecce-Homo

[Gregorio Fernández, h. 1620]

- **Insigne Cofradía Penitencial de Nuestro Padre Jesús Nazareno (1596)**

Iglesia penitencial de Nuestro Padre Jesús Nazareno

Paso 10. Nuestro Padre Jesús Nazareno

[Escuela Castellana, último tercio del siglo XVII]

- **Cofradía Penitencial del Santísimo Cristo Despojado, Cristo Camino del Calvario y Ntra. Sra. de la Amargura (1943)**

Iglesia parroquial de San Andrés Apóstol

Paso 11. Camino del Calvario

[Gregorio Fernández, 1614; la imagen de Cristo, atribuida a Pedro de la Cuadra, 1600-1620]

Paso 12. Preparativos para la crucifixión

[Juan de Ávila, 1679]

Paso 13. Santísimo Cristo Despojado

[José Antonio Hernández Navarro, 1993]

- **Cofradía Penitencial de la Sagrada Pasión de Cristo (1531)**

Iglesia del Real Monasterio de San Quirce y Santa Julita

Paso 14. Santísimo Cristo del Perdón

[Bernardo del Rincón, 1656]

- **Cofradía de la Exaltación de la Santa Cruz y Ntra. Sra. de los Dolores (1944)**

Iglesia parroquial de Nuestra Señora del Carmen [Delicias]

Paso 15. La elevación de la cruz

[Francisco del Rincón, 1604]

• **Cofradía de las Siete Palabras (1929)**

Iglesia parroquial de Santiago Apóstol

Paso 16. Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen [La figura de Cristo es obra de Gregorio Fernández, h. 1610 - Iglesia parroquial de Laguna de Duero. Los sayones, taller de Gregorio Fernández, siglo XVII]

Paso 17. Hoy estarás conmigo en el Paraíso [Francisco del Rincón, h. 1606]

Paso 18. Madre, ahí tienes a tu hijo [Cristo del Amparo, Gregorio Fernández, h. 1621; Virgen y San Juan, Gregorio Fernández, h. 1607]

Paso 19. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? [Anónimo, segundo cuarto del siglo XVI]

Paso 20. Sed tengo [Gregorio Fernández, 1612-1616]

Paso 21. Todo está consumado [Cristo, anónimo del siglo XVII; la Virgen, San Juan y María Magdalena, de seguidores de Gregorio Fernández, h. 1650]

Paso 22. En tus manos encomiendo mí espíritu [Cristo, de Pompeyo Leoni; los dos ladrones, copia de los de Gregorio Fernández, conservados en el Museo Nacional de Escultura]

• **Hermanidad Universitaria del Santísimo Cristo de la Luz (1941)**

Capilla del Colegio Mayor Santa Cruz

Paso 23. Santísimo Cristo de la Luz [Gregorio Fernández, h. 1630]

• **Real y Venerable Cofradía de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo (1929)**

Iglesia parroquial de Santa María de la Antigua

Paso 24. Santo Cristo de la Preciosísima Sangre [Lázaro Gumiel, 1953]

• **Cofradía del Discípulo Amado y Jesús de Medinaceli**

Iglesia parroquial de San Agustín

Paso 25. San Juan Evangelista [Atribuido a Pedro de Ávila, primer tercio del s. XVIII]

• **Cofradía El Descendimiento y Santo Cristo de la Buena Muerte (1939)**

Iglesia parroquial de San Miguel y San Julián

Paso 26. El Descendimiento [Gregorio Fernández, 1623; la figura de la Virgen fue realizada en 1757]

• **Cofradía Penitencial de la Santa Vera Cruz (1498)**

Iglesia penitencial de la Santa Vera Cruz

Paso 27. Ntra. Sra. de la Vera Cruz [Gregorio Fernández, 1623]

• **Muy Ilustre Cofradía Penitencial de Ntra. Sra. de la Piedad (principios del s. XVI)**

Iglesia parroquial de San Martín

Paso 28. Cristo de la Cruz a María [Escuela de Gregorio Fernández, h. 1642]; el cuerpo de José de Arimatea es obra de José Antonio Saavedra, 1995]

Paso 29. La Quinta Angustia [Gregorio Fernández, h. 1625]

• **Cofradía de la Orden Franciscana Seglar V.O.T. (finales del siglo XV)**

Iglesia parroquial de la Inmaculada Concepción

Paso 30. La Santa Cruz Desnuda [Francisco Fernández León, 1993]

• **Cofradía del Santo Entierro (1930)**

Real Monasterio de San Joaquín y Santa Ana

Paso 31. Cristo Yacente [Gregorio Fernández, obra de taller, 1631-1636]

• **Cofradía del Santo Sepulcro y del Santísimo Cristo del Consuelo (1945)**

Iglesia conventual de San Benito

Paso 32. Santo Sepulcro [Alonso y José de Rozas; durmientes y ángeles, último cuarto del siglo XVII; Yacente y Urna, anónimo h. 1630]

• **Ilustre Cofradía Penitencial de Ntra. Sra. de las Angustias (1536)**

Iglesia penitencial de Ntra. Sra. de las Angustias

Paso 33. Ntra. Sra. de las Angustias [Juan de Juni, posterior a 1561]



COLABORACIONES

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID

EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE VALLADOLID

JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN

MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

MUSEO NACIONAL DE ESCULTURA

ASOCIACIÓN PROVINCIAL DE EMPRESARIOS DE HOSTELERÍA

SOCIOS PROTECTORES

REVISTA OFICIAL DE LA JUNTA DE COFRADÍAS
DE SEMANA SANTA DE VALLADOLID



Ayuntamiento de
Valladolid

en tu corazón...

alladolid
info.valladolid.es

JUNTA
DE
COFRADÍAS
DE SEMANA SANTA
VALLADOLID



Edita : Ayuntamiento de Valladolid
(Junta de Cofradías de Semana Santa)

© De la edición: Junta de Cofradías de Semana Santa

© Fotografías: Sus autores

Fotografía portada: Daniel Gómez Coméndez

Fotografía contraportada: Chema Concellón

Fotografías interior: Chema Concellón, Pedro J. Muñoz Rojo
y Alfredo Miguel Romero

Diseño: dDC

D.L.: VA-164/2015

Printed in Spain. Impreso en España

Imprime: Imprenta Municipal

Valladolid

Semana Santa

DECLARADA DE INTERÉS
TURÍSTICO INTERNACIONAL DESDE 1980



Ayuntamiento de
Valladolid

en tu corazón...

alladolid
info.valladolid.es

JUNTA
DE
COFRADÍAS
DE SEMANA SANTA
VALLADOLID

